

LOS ARAMITIANOS. UNO



EL SACRIFICIO
IMPOSIBLE

KERR-ANN DEMPSTER
TRADUCIDO POR WENDY ESQUIVEL

Contents

[Derechos de Autor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[Epílogo](#)

[También Por Kerr-Ann](#)

[Agradecimientos](#)

[Autor](#)

Dedicado al Club de Lectura @NovelsatNight Gracias por
unirnos

El Sacrificio Imposible. Derechos de Autor © 2018 por Kerr-Ann Dempster.
Traducción autorizada por Ink City Books, MI (Estados Unidos). Traducido por
Wendy Esquivel.

Título Original: The Reluctant Sacrifice. Primera publicación en Inglés, en Agosto
2015, por Ink City Books, MI (Estados Unidos). Segunda edición publicada
en Inglés, en Agosto 2018.

Todos los derechos reservados. La reproducción parcial o total de este libro
por cualquier motivo o por cualquier medio (incluida la reprografía, el almace-
namiento electrónico y/o la distribución de copias) están estrictamente prohibi-
das sin la autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor en
virtud de las sanciones establecidas por la ley. Para obtener permiso, contactar
a Ink City Books, MI (Estados Unidos).

Sinopsis: Aunque Aubrey abandona su cuerpo y la multitud de cazadores que
cambian de forma se empeñan en sacrificarla, no puede dejar atrás sus senti-
mientos por Joshua. Desafortunadamente, él lidera la cacería.

Imágen de la cubierta por Manish Singha

Diseño interior y diseño de la cubierta por Vellichor Book Design Studio

También disponible en formato de libro electrónico (e impresa).

www.kerr-ann.com

CAPÍTULO 1

AGOSTO

MAMÁ ME ARRASTRÓ hacia la cabina de tomar fotos, cerró la cortina y sentí como el pavor recorrió mi espalda. Después de buscar en su mochila gris sacó un fajo de dinero y lo puso en mi mano.

—Aquí tienes,—me dijo. No creo que nos vieron pero lo necesitarás en caso que la suerte no esté de nuestro lado.

Metí el fajo de dinero en el bolsillo delantero de mi sudadera. ¿Cuántos cazadores envió mi papá?

Irritada, mamá respondió. —Estaba muy ocupada tratando de encontrarte que no tuve tiempo de contarlos.

Incluso a través de su capa de cabello blanco desordenado, sus ojos podían ponerme los pelos de punta. Dí un paso atrás pero la banca en la cabina se prensó contra la parte trasera de mis piernas, lo cual me detuvo. —Lo siento, me distraje.

—Al diablo con tus disculpas,— me dijo. —¿Cuántas veces te he dicho que no hay suficiente magia en estos lugares para poder escondernos?— Tomó mi mano con sus dedos fríos y la acercó hacia su nariz. —¡Ves! Tu carne apesta a salto.

Deslizé mi mano y la olí. Olía a humano, tan humano como los compradores que divagaban a las afueras del mercado, pero por debajo de la carne y sangre había un olorciello más pesado y dulce. Magia.

—Retrocéde.— me dijo. —Necesito ver contra cuántos cazadores estamos peleando.

—Yo lo haré,— le dije. Me lanzó una mirada poco amigable pero enderecé mis hombros. —Sé perfectamente cómo contar.

Ella inclinó su cabeza. Fingiendo un coraje que no sentía, me retorcí en el pequeño espacio que me rodeaba. Mamá maldijo al pinchazo de mi bolso en su pecho. No

prestándole atención, abrí la cortinas y asomé mi cabeza. Compradores divagando en el mercado, moviéndose entre los puestos para regatear con los agricultores sobre los precios de las frutas y hortalizas de verano. La mayoría llevaban puesto sombreros y anteojos para proteger sus caras del sol brillante de la tarde. Ninguno pareció notar la manada de halcones en el magnífico cielo azul.

Mientras contaba el número de halcones, el pánico aumentó y me golpeé por dentro como una ola. Alas poderosas transportaban el plumaje de sus cuerpos, haciéndolos parecer como manchas de tinta en el cielo. Un halcón sedoso vistiendo un medallón de oro cristalizado en el pliegue de su cuello, los guiaba en formación V. Un dolor se desató dentro de mí, empezando por la punta de mi cabeza y moviéndose hacia las puntas de mis dedos.

Oh, Joshua.

Mamá tiró de mi chaqueta, —¿Cuántos?

Volví a contar rápidamente y cerré las cortinas. —Quince.

¿Quién dirige la caza?, preguntó mamá.

—Joshua, —dije, odiando la forma en que su nombre hinchaba mi corazón.

Mamá arqueó su ceja. —¿Tengo que decirlo?

—No. —dije. —Sé que él no está aquí para una reunión social.

—En ese caso seca tus ojos, me dijo, bruscamente. — Las lágrimas son para los débiles.

Mordí mi lengua y me sequé los ojos. Mamá me odiaba, al menos eso fue lo que sus ojos gritaron cuando se tomó la molestia de mirarme. Sin embargo no la culpaba. Sabía que quería amarme, solamente que se había perdido a sí misma. Saltar de cuerpo en cuerpo tenía sus consecuencias. No se podía quebrantar un alma en pedazos y volverla a juntar sin que se perdieran preciosas piezas en el camino.

¿Cuántos saltos tenían que suceder para que mi alma dejara de repararse a sí misma? ¿Me volvería una extraña

como le había sucedido a mamá? El sólo pensar que me volvería como ella hizo que mis pulmones se aferraran más al aire. Golpear espejos, gritarle al reflejo de mi propia cara, desorientarme...

Grité asustada al sentir los dedos de mamá en mi cara. —Aubrey, ¿me estás escuchando?— me exigió.

—Sí, sí. Por supuesto.

Su nariz puntiaguda ardía. —Como estaba diciendo, el más mínimo olor de tu alma que deje ese cuerpo y Joshua destruirá esta ciudad. Lo que significa que tenemos que separarnos. Me iré primero y tú irás después. Si todo sale bien, nos encontraremos en el Bean Stream.

—¿Y si las cosas no salen bien?

—Los llevaré lejos mientras te diriges a la puerta.

—Lo que deberíamos hacer es cruzar la valla. Detrás hay un callejón que lleva directo al hospital.

—No,— me dijo. —Justamente ese el camino Joshua espera que tomes.

—No sabes eso,— dije, mirando hacia todos lados excepto a ella.

—El esperará que actúes por miedo. No le debes dar esa satisfacción. Prensó mi barbilla entre sus dedos y alzó mi cabeza, entonces nuestras miradas se encontraron. —Confía en tus instintos Aubrey, no en el miedo. De otra forma, será el miedo el que te ponga en tu tumba.

Mi cabeza vibró al esforzarme por no llorar. Mamá me había dado este discurso miles de veces. No era testaruda, sino que no sabía cómo dejar de sentirme asustada. Si me atrapaban, me colocarían en un altar y apuñalarían mi corazón. ¿Cómo alguien no podría sentirse asustado?

—Si no puedes ser valiente,—me dijo, —por lo menos seca tus ojos y pretende.

Liberé mi barbilla de sus manos, mi cara ardiendo de la vergüenza. —¿Eso es lo que tú haces, cierto?

Sus ojos se agrandaron, desorientándose —Sí, supongo. — Aún tengo la esperanza que despertaré.. o que al menos

podría borrar estos últimos años.

Había dolor en su voz. El mismo dolor que se había arraigado en lo hondo de mi estómago desde el día que el Profeta Azure declaró que la única forma en que los Exiliados de Aramith podrían ganar el perdón sería con mi muerte. Conteniendo mi aliento, toqué la manga de su blusa. Ya no le agradaba el contacto físico.

—Siento mucho que mi vida arruinó la tuya,— le dije. —Desearía con todo mi corazón que Azure hubiera llamado cualquier otro nombre.

Mamá parpadeó como volviendo de un sueño. Soltó mi mano y miró su reloj. —Son las cuatro en punto. Debo irme.

Doblé mis manos hacia atrás, maldiciéndome a mi misma por haber tratado de ofrecerle compasión. A estas alturas debería de saber mejor. —¿Cuánto debería esperar?

—Quince minutos masomenos,— me dijo, pasando la mochila por encima de su cabeza y colocándola cruzada en el pecho. —Vé directo a la puerta.

—De acuerdo, ten cuidado

Me miró, con cautela, y luego abrió las cortinas. —Tú también.

Mamá se apresuró. Al cerrarse las cortinas, el miedo estalló, como un océano salvaje e inquieto. Temblando, me senté en la banquilla y abrí mi mochila. Gimpy, un panda de peluche del tamaño de un puño me miró con ojos azules vidriosos. Joshua lo había nombrado así, unas horas antes de que la profecía de Azure rompiera la burbuja rosada que era nuestra amistad.

Joshua y yo ya no éramos amigos. Me quería muerta. Me lo dijo cuando me escabullí a casa para verlo el año pasado. Él no era cazador en ese entonces y por lo tanto no lo creí cuando me lo dijo. Después de todo él era Joshua, mi Joshua. Pero luego se afilió a la Unidad de Halcones de mi papá, la élite de cazadores entrenados en la magia de

cambiar de forma. La Unidad Halcón tenía un objetivo: ponerme en el altar de Azure.

Un sollozo creció en mi pecho. Conteniendo mi aliento, este se evaporó. Mamá me daría un sermón si me presentaba en el Bean Stream con ojos hinchados. Resuelta a distraerme, saqué el fajo de dinero, tomé un billete de cinco dólares del medio y lo inserté en la ranura donde iba el dinero, el cronómetro apareció en la pantalla, me senté y esperé. Dos minutos después pude ver la tira de fotos.

Todas las cuatro fotos mostraron una chica con el cabello sucio grasoso y una cara ojerosa. No era la cara más bonita pero me gustaba el cuerpo que la llevaba. Especialmente las piernas. Las más largas y fuertes que había tenido hasta el momento. Una vez que saltara a otro cuerpo, morirían. Mi alma nunca olvidaría lo que fue vivir en ese cuerpo pero cabía la posibilidad que yo olvidara como lucía la cara. Parecía imposible pero le había sucedido a mamá. Fue así como me di cuenta que ella estaba perdiendo la cabeza.

—En caso que me olvide, —dije, y metí la tira de fotos en mis medias.

Miré mi reloj. Las manos de Micky Mouse apuntaban a los números cuatro y diez. Suficiente tiempo. Hice las cortinas a un lado, salí de la cabina de fotos y me deslizé entre la multitud de compradores desorientados. No miré al cielo. No miré a aquellos a mi alrededor. Solamente miré a las dos imponentes puertas negras que estaban a doscientos pies de distancia. Significaban mi escapatoria.

A cincuenta pies de la puerta, un halcón solitario se abalanzó hacia abajo. Pude escuchar mi corazón en mis oídos. Los humanos se detuvieron a mirar el cielo. Sus ojos hinchados y bocas hundidas distorsionaban sus rostros, pero permanecían inmóviles. Quería empujarlos a un lado y salir corriendo del mercado pero me obligué a seguir caminando hacia la puerta. A cada paso, busqué a mamá. Tomó menos de un minuto para encontrarla. Estaba a sólo veinte

pies de distancia. Maldita sea, debí haber esperado. Me detuve junto a un carrito de flores y cogí una rosa, esperando poner más distancia entre nosotros. —¡Espántate!— Escuché que alguien dijo. —¡Estúpido pájaro!

El pánico se apoderó de mi. Dejando caer el volante, me acerqué a un trío de chicas, una sin cejas, declaró que ella estaba cambiando su nombre a Señora de Sam Winchester. Su amargada amiga le dijo que se pusiera en fila y luego las tres rieron. Me reí también, fingiendo entender. De reojo, vi una explosión de plumas negras. Para mi horror, el halcón aterrizó en la palmera a mi lado. Por iniciativa propia, mis ojos parpadearon hacia la valla encadenada detrás del halcón. Fue sólo por un segundo, pero un brillo primordial iluminó los ojos pequeños y brillantes del halcón. Su pico se abrió. Algo rojo zumbó alrededor. Golpeó al halcón en la cara y cerró su pico.

¿Una manzana?

¡Mamá!

Otra manzana pasó a mi lado hacia la cabeza del halcón. Este la esquivó y saltó al aire. La multitud se rió y apuntó a la manzana en su pico. Estaba a punto de correr, pero los ojos bulliciosos de mamá gritaron un silencioso recordatorio que me quedara.

Contuve el aliento. Los halcones estarían aquí en cualquier momento.

Uno, dos, tres ...

CAPÍTULO 2

ALAS MAJESTUOSAS GOLPEARON el aire. Con sus picos apuntando hacia el suelo los halcones se sumergieron en el mercado. Gritando, los compradores cubrieron sus cabezas y los esquivaron, pero los halcones no los atacaron. En un estadillo de plumas, estos se transformaron en hombres y mujeres desnudos y musculosos. Sus alas y colas se elevaron como humo y formaron capas con gorros y plumaje alrededor de sus cuerpos.

La multitud lanzó un suspiro colectivo. Yo no. No pude hacer otra cosa más que mirar a Joshua Kaito. Estaba frente a mi, a veinte pies de distancia. Su cabello tan negro como el hollín, caía hasta su barbilla, y la luz del sol rebotó en el cristal del medallón de oro que llevaba en su garganta. El cambiar de forma había endurecido sus facciones, lo hacía verse hermoso, pero al mismo tiempo aterrador. Un torbellino de emociones me azotó.

¿Sus labios recordarían los míos? —Por favor, recuerda, — susurré.

Joshua giró su cabeza hacia la izquierda. Seguí su mirada. Mi corazón desmoronado cuando vi a mamá. Fue difícil no verla ya que era la única moviéndose. Sin esfuerzo alguno en ser cautelosa, se dirigió hacia la puerta.

Con ojos dudosos pero luego ardiendo con propósito, Joshua volteó. —Allí,— gritó, apuntando hacia mamá.

Mamá huyó. Joshua corrió tras ella como un cometa. Los otros cazadores lo siguieron golpeando con sus codos y rodillas a los que se interpusieron en su camino. El pánico se apoderó de la multitud. El miedo me gritaba que los siguiera y buscara estar a salvo pero mis instintos- o la estupidez-me gritaban que me quedara.

Me planté pero no fui rival para la multitud. Caí al suelo, raspándome las palmas de las manos en el pavimento. Utili-

zando mi mochila como palanca enderecé mi cuerpo. No había terminado de ponerme en pie cuando una pierna del tamaño de un tronco golpeó mi estómago. El dolor rasgó mi pecho , amenazando con partir mi corazón en dos. El suelo se levantó para besar mi mejilla. Sombras doradas bailaron por debajo de mis párpados . Entonces todo se oscureció.



MIS PÁRPADOS SE resistieron a abrirse. Fue como si alguien los hubiera tejido juntos. El suelo bajo mi espalda era duro y frío. Alcé una mano. Mis dedos rozaron la carne blanda en los duros músculos. La conmoción los forzó a abrirse. Parpadeando rápidamente, miré a mi alrededor. Una niebla gris y gruesa cubrió el mercado como una sábana empapada sin lavar.

—Deberías correr antes que desaparezca esta niebla, — dijo una voz apremiante. Giré tan rápido que mi cuello crujió. Un cazador, alto, se arrodilló junto a mi, sus hombros musculosos presionándose contra su capa. Su gorro emplumado caía hasta la punta de su nariz. Las cicatrices antiestéticas formaban una cruel barba en sus mejillas. A pesar de su fealdad, alcancé su gorro.

El cazador alto se puso de pie como si un resorte se hubiera disparado debajo de él. —¿Qué parte de corre no entiendes?

Retrocedí. Los cazadores no mostraban misericordia. Unos pocos podían ser sobornados para que se hicieran de la vista gorda, pero la mayoría creía en su deber de negociar. Ese deber consistía en velar que los Exiliados permanecieran leales a Celo, el gobernante de Aramith. Celo había despojado a nuestros antepasados de su derecho al na-

cer a la Inmortalidad y condenado sus almas a la carne humana por unirse a su hermano, Charr, en una rebelión fallida.

—¿Mi mamá te envió? dije.

—Olvida a tu mamá. Rose no va a salir de aquí viva. Le fu la quiere muerta hoy.

La rabia se apoderó de mí, extinguiendo el miedo. Me puse de pie. —Dile a papá que si quiere a mamá muerta que venga y la maté él mismo.

Sus labios se retorcieron. —Joshua dijo que eras terca, pero no dijo que eras estúpida.

Mis huesos se volvieron gelatina. —¿Joshua te envió?

—Sí. Para atarte las manos y los pies.

La esperanza se cuajó dentro de mí como leche agria. Di un paso atrás, abriendo los ojos para evitar lágrimas. —Entonces ¿por qué me dices que corra?

—Piensa en ello como un gesto amistoso.

—Nadie que lleva la marca del cazador es mi amigo. Todo lo que tú y los Exiliados quieren es verme muerta para poder recibir su preciado derecho al nacer a la Inmortalidad.

La distancia entre nosotros desapareció. Mi estómago se contrajo cuando el cazador me rodeó con sus anchos hombros pero estiré mi cuello casi hasta tocar mi espalda. Movié su cabeza hacia arriba pero antes noté sus grises pupilas. Era un bello y suave gris que me dejó mareada.

—Si no soy tu amigo, entonces qué soy? —dijo.

—Yo- yo no estoy segura.

—Y sin embargo, aquí estás, discutiendo. A esta velocidad tendrás que lanzar otra niebla para llegar a la puerta.

Parpadeé. —No puedo controlar la niebla.

—Lo sé. Supuse que habías puesto tus manos en alguna raíz de whillio.

—Ni siquiera sé qué es eso, —dije. —Tal vez...Joshua lo hizo. Él es hidrocínético.—

El desacuerdo en sus labios, revelando unos dientes blandos y blancos. —Tu amor por ese idiota te va a poner en el altar de Azure con una daga en el corazón.

Levanté mi barbilla. —Confiar en ti podría provocar lo mismo.

—Cierto, pero no te estoy pidiendo que confíes en mí. Te estoy pidiendo que huyas, lo que pareces incapaz de hacer. ¿Tus piernas funcionan, verdad?

—Funcionan muy bien, tú

—¡Cállate!— El Cazador alto giró su cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha tan rápido como un látigo. Comencé a hablar, pero presionó mis labios con su dedo largo y curtido.

—Corre,,— dijo apretando sus labios.

Sin esperar a ver si obedecería, se alejó. El miedo hizo agujeros en mi vejiga mientras que él se adentraba en la espesa niebla. Esta casi cede cuando una voz gruñona que estaba cerca dejó salir una maldición. Caí de rodillas.

—¿Quién está ahí?— -dijo la voz gruñona.

El cazador alto silvó, llamando la atención del recién llegado. —Tranquilo, Rooster, soy yo.

—Oh, hey, —dijo Rooster. —¿Has tenido suerte?

—No, ¿qué hay de ti?

Rooster gruñó. Conteniéndolo el aliento, empecé a avanzar un poco hacia adelante, pero unos dedos fríos tomaron mi brazo izquierdo. Voló a mi boca, silenciando el grito que comenzaba a formarse en mi garganta. El horror se volvió alivio cuando los ojos marrones de mamá se encontraron con los míos a través de la niebla. Tocó su oído con su dedo huesudo y luego lo puso contra su estómago. Me acerqué hacia ella.

—¿Por fin sacaste esa manzana de tu pico? Escuché al cazador alto decir.

—Sólo espera, —dijo Rooster. —Voy a retorcer el cuello de esa bruja.

—Tendrás que atraparla primero, —dijo el cazador alto, riendo entre dientes.

Rooster chasqueó los dedos, y una suave cinta de fuego apareció. Su resplandor revelaba sus carnosas mejillas y sus ojos protuberantes mientras lo tocaba con un cigarrillo colgando de sus labios. —¿Qué opinas de esta niebla?

El cazador alto se encogió de hombros. —Es sólo niebla.

—O podría ser Kaito.

—Él no tiene ni el coraje ni el corazón, —dijo el cazador alto con voz áspera. —¿A dónde se fue esta vez?

—Él esta limpiando la valla con los demás,— murmuró Rooster alrededor de su cigarrillo. —Él quiere tus oídos y mis ojos vigilando la puerta.

—No puedo creer que los idiotas de ustedes lo hayan elegido Capitán.

—En realidad, yo voté a favor de Morgan para llevar el medallón.

El nombre de Morgan llenó mi boca con un sabor amargo. Junto a mí, mamá clavó sus dedos en la tierra dura. Aún se culpaba de que mi hermana se convirtiera en el mini-yo de papá. Morgan no sólo había heredado la capacidad pirocínética de papá, sino también su temperamento cruel y sentido del humor. Había dejado de sentirme culpable por la clase de persona en que Morgan se había convertido. Ella me había perseguido lo suficiente como para disipar todos mis afectos.

—¿De verdad tú? —dijo el cazador alto a Rooster, sonando genuinamente sorprendido.

Rooster inhaló su cigarrillo y sopló el humo en el aire con una sonrisa. —Me imaginé que el medallón de Capitán se vería bien con su pequeño trasero.

—Amigo, ella tiene quince años.

—No parece de quince años, —dijo Rooster. Y no actúa como de quince tampoco. No es de extrañar que Joshua haya estado